

EL NAUFRAGO.



DELANTE de la mísera taberna
que domina la rada, Juan Göello,
el viejo gaviero, al que una bala
amputó en Navarino diestra y brazo,
la pipa entre los dientes, ó bebiendo
poco á poco su *grog*, allá en las noches
de caluroso estío, sus historias
cuenta, de mar, al caprichoso grupo
de jóvenes del puerto que le escuchan.

Si—les dice—sesenta bien cumplidos
sesenta justos, miserables años,
hace que el mar es dueño de mi vida,
desde que me lancé sobre sus olas
en un podrido bergantín, más propio
que para navegar, para quemado.
Crecí, corriendo por la extensa playa,
que hollé mil veces con mis pies desnudos,
y cogiendo mariscos para ventas
de un viejo miserable que de noche
ponfáse borracho y me pegaba.

Mucho sufrí; pero al hallarme á bordo
padecí mucho más, y fui sabiendo
padecer mudamente mis angustias.

Era el tal bergantín buque negrero,
y desde que se vió fuera de costas,
nadie negaba en él su infame rumbo.

El capitán, feroz, reglamentaba
á *rebencazos*. Todos, casi todos
vinieron á morir á mis costillas.

¡Es natural! ¡los golpes al grumete!
Vivía entre una niebla de porrazos,
y á cada instante revolvía el cuerpo,
para esquivar tremendas bofetadas.

Nadie tuvo piedad de mi flaqueza.

¡Es natural también, aunque es muy triste!

¡Era costumbre, y nada más! A golpes
puede el mozo llegar á buen marino.

Tanto fué mi dolor, que ni aun lloraba,
y hubiese concluído con mi vida,
cuando encontré á mi angustia el gran consuelo

de la amistad sincera. Entre los hombres
que acrecentaban mi ansiedad, Dios puso
un perro cariñoso, que vivía

tan triste como yo. Golpes iguales
nos hicieron amigos. Era el perro
un terranova hermoso; Blak de nombre,
negro, con grandes ojos, muy brillantes.

Iba, como la sombra, tras mis pasos,
y por las noches, al fulgor tranquilo

de mil y mil estrellas, que en el cielo
irradiaban su luz, cuando ya nadie
sino la guardia, sobre el buque, en vela
permanecía, junto al ancho puente,
entre diversos bultos agrupados
al pie del palo de mesana, unía
sus brazos á los míos, y en su seno
corrían deslizándose mis lágrimas.
¡Así lloraba! el buque lentamente
inclinaba sus bordas, contestando
á los golpes del mar, y el perro amigo
me acariciaba con su gruesa lengua.

¡Pobre Blak! ¡Pobre Blak! ¡Oh! ¡cuántas veces
sueño contigo!

Buena mar, buen viento
primeramente fuéronnos llevando;
mas, una noche de calor horrible,
el capitán, abominable bestia
al par que buen marino, buen marino,
dirigió al timonel extraño gesto.

«Ved, hacia allá, magnífico chubasco,
pero, ¡de lo mejor!»

Y dijo el otro:

«Muy negro, capitán, y corre mucho.»
«Bien. Voy á prepararme á recibirlo.
¡La cargadera al pitifoque! ¡Arrría!

¡Bien! ¡Al sobrejuanete! ¡Pronto! ¡Carga!
 ¡Para la tempestad hay mucho trapo!
 ¡Las gavias! ¡La mayor! ¡Y listo, listo!»
 En fin, que se tomaron precauciones.
 Mas era el barco viejo, y en las olas
 danzaba que era un gusto, y aunque nadie
 dejó el trabajo; las furiosas aguas
 nos lograron vencer; sintióse luego
 que se anegaba la bodega; entonces
 sonó el horrible *¡sálvese quien pueda!*
 ¡Cómo nos encontrábamos! ¡Rendidos
 por el cansancio, por la lucha ciegos!
 Alaridos de horror nos envolvían
 y nuestras pobres ropas chorrëaban.
 Al impulso veloz de nuestras manos,
 ya sobre el mar colgaba la chalupa,
 haciendo recrujir á los *pescantes*,
 cuando el puente, de súbito, estallando,
 de nuestros pies huyó, con el rüido
 de un buque al disparar sus andanadas,
 y rodamos al mar.

¿Cómo os diría
 lo que entonces sentí? No me es posible.
 Durante aquellos rápidos momentos,
 en los que el buque hundíase en las olas,
 por mis ojos pasó toda mi vida,
 como rayo fatal en noche obscura;
 mi viejo puerto, mis queridos barcos,

las alegres campanas, y las rocas
 donde se estrella el mar impetüoso,
 y la playa, y sus conchas de colores.

El agua me llenó boca y orejas
 rápidamente; el agua me sorbía,
 cuando Blak, afirmando sus quijadas,
 me agarró por el cuello de mi blusa.
 El bote, cerca de nosotros, iba
 saltando por las crestas de las olas,
 y Blak, mi Blak, con vigoroso esfuerzo
 al bote me arrojó; cogí su borda
 y al fin pisamos sus unidas tablas.
 Del bergantín que recibió su azote
 no perdonó la rápida tormenta
 más que al grumete y á su amigo el perro.
 No me faltaban corazón ni arrojó;
 pero, cuando pasadas ya las nubes,
 miré mi situación, sentí la muerte,
 el frío de la muerte en mis entrañas.
 ¿No encontrar un buque milagroso,
 ¿cómo podría recobrar la tierra?
 Estábamos los dos solos, ¡tan solos!
 sobre la mar inmensa, y solamente
 salvados ¡oh! para morir de angustia.
 ¡Qué desastre! ¡ni pan! ¡ni pan siquiera!
 Completamente igual que en la famosa
 balsa de la *Medusa*. Pero..... corto;
 las historias muy largas no son buenas.

Cinco días eternos, cinco noches
 más eternas aún, fué la chalupa
 cortando el mar con su afilada quilla.
 En el cuerpo mordía el hambre seca,
 y la angustia en el alma. Por instantes
 me abandonaba la ilusión. Tendido,
 al sol ardiente ó al fulgor helado
 de la nocturna estrella, junto al perro
 que la ardorosa mano me lamia,
 en vano investigué con ojos fijos
 el desierto horizonte, por si acaso
 se dibujaba en él distante vela.
 Al fin del quinto día ya la fiebre
 me devoraba, cuando vi, de pronto,
 en un rincón del remojado bote
 á Blak, hurraño; su miradas torvas
 resplandores de fuego parecian;
 dos carbones ardiendo sus dos ojos.

«¡Vamos, le dije, ven que te acaricie!»

No se movió; miróme con angustia,
 avancé, y él huyó; gruñó entre dientes,
 fijando en mí, fijando sus miradas,
 saltó, quiso morder mi flaca mano
 que retiré diciéndome, «¿qué quiere?»
 Entonces se lanzó sobre una cuerda
 y la mordió, manchándola de baba,
 de baba repugnante y pegajosa.

¡Todo lo adiviné! ¡Sí! ¡Blak rabiando!
 ¡Él! ¡él! ¡mi salvador! ¿Vais comprendiendo?
 ¡Entre el cielo y el mar el bote solo!
 Un niño débil ante aquella furia
 en húmedo rincón agazapado,
 y el resplandor vivísimo y ardiente
 del sol, cayendo á plomo en su cabeza!

Busqué en la blusa y encontré un cuchillo;
 lo abrí maquinalmente; ¿quién no sabe
 llegar á todo por salvar su vida?
 Tiempo era ya; mordiéndose, bramando,
 á mi cuello saltó; rápidamente
 huyendo el golpe le agarré la nuca,
 le sujeté contra las recias tablas
 y luché, reluché; bajo mis dedos
 sudando, y con furor, se estremecía;
 al fin, logré parar sus movimientos
 y ¡ay! esquivando su mirar de loco,
 hundi, veloz, tres veces mi cuchillo
 en su garganta, que rugió al partirse.

Era mi único amigo, y el primero,
 y yo, yo fuí quien le maté. ¡Yo!

¿Cómo
 ya casi muerto, y entre roja sangre
 hundidos cuerpo y faz salvóme un barco
 que hacia el Havre volvía? ¡Bah! ¿qué importa?

He matado á menudo desde entonces.
En las guerras, al fin, no extraña á nadie,
y no las cuento, pues. Un triste día
fui de un siniestro pelotón, y tuve
que fusilar á un bravo camarada,
y no sufrí por ello pesadilla.
En Trafalgar, y entrando al abordaje
y sacudiendo el hacha, piernas, brazos,
cuellos hundí, tajé, rompí. Tampoco
lo que entonces pasó me quita el sueño.
Y hoy, al contaros la tremenda muerte
del pobre Blak, me aflijo, y hasta dudo
de si podré dormirme bien tranquilo
esta noche. ¡No sé! ¡lo dudo!

Mozo;
otro *grog*..... ¡y charlemos de otra cosa!



LOS ZARCILLOS.